



Ediciones Montoya

Septiembre de 2019
Posadas. Misiones.

Coordinación General:

Lic. Florinda Veizaga

Comité de lectura:

Lic. Rosana Solís

Lic. Marcelo Giménez

Prof. Haidi D. Martini

Lic. Sandra Rodríguez

Prólogo:

Lic. Antonio Marcelo Giménez

Ilustran en esta edición:

Marcos Luft

Fabrizio Micheli

Agustín Mareco Storm

Diseño Gráfico:

Marcos Luft

Fabrizio Micheli

Posadas – Misiones – Argentina.

Septiembre de 2019.

Ediciones Montoya

Juglaría / Alicia Fonseca ... [et al.] ; compilado por Marcelo Antonio Giménez ; coordinación general de Jacqueline Márquez ; ilustrado por Marcos Luft ; Fabrizio Micheli ; Agustín Mareco Storm ; prólogo de Marcelo Antonio Giménez. – 1a ed compendiada. – Posadas : Montoya, 2019.
40 p. : il. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-950-829-058-8

1. Poesía Argentina. I. Fonseca, Alicia. II. Giménez, Marcelo Antonio, comp. III. Márquez, Jacqueline, coord. IV. Luft, Marcos, illus. V. Micheli, Fabrizio, illus. VI. Mareco Storm, Agustín, illus.
CDD A861

Prólogo

Camino al sexagenario aniversario del Instituto Montoya, «Juglaría» vuelve a las manos de los lectores para hacer carne aquella frase emblemática del querido Antonio Tabucchi: «*¿No cree que es eso lo que la literatura debe hacer, provocar desasosiego?*». Es que nada más real y acertado que esa pregunta retórica de nuestro admirado poeta.

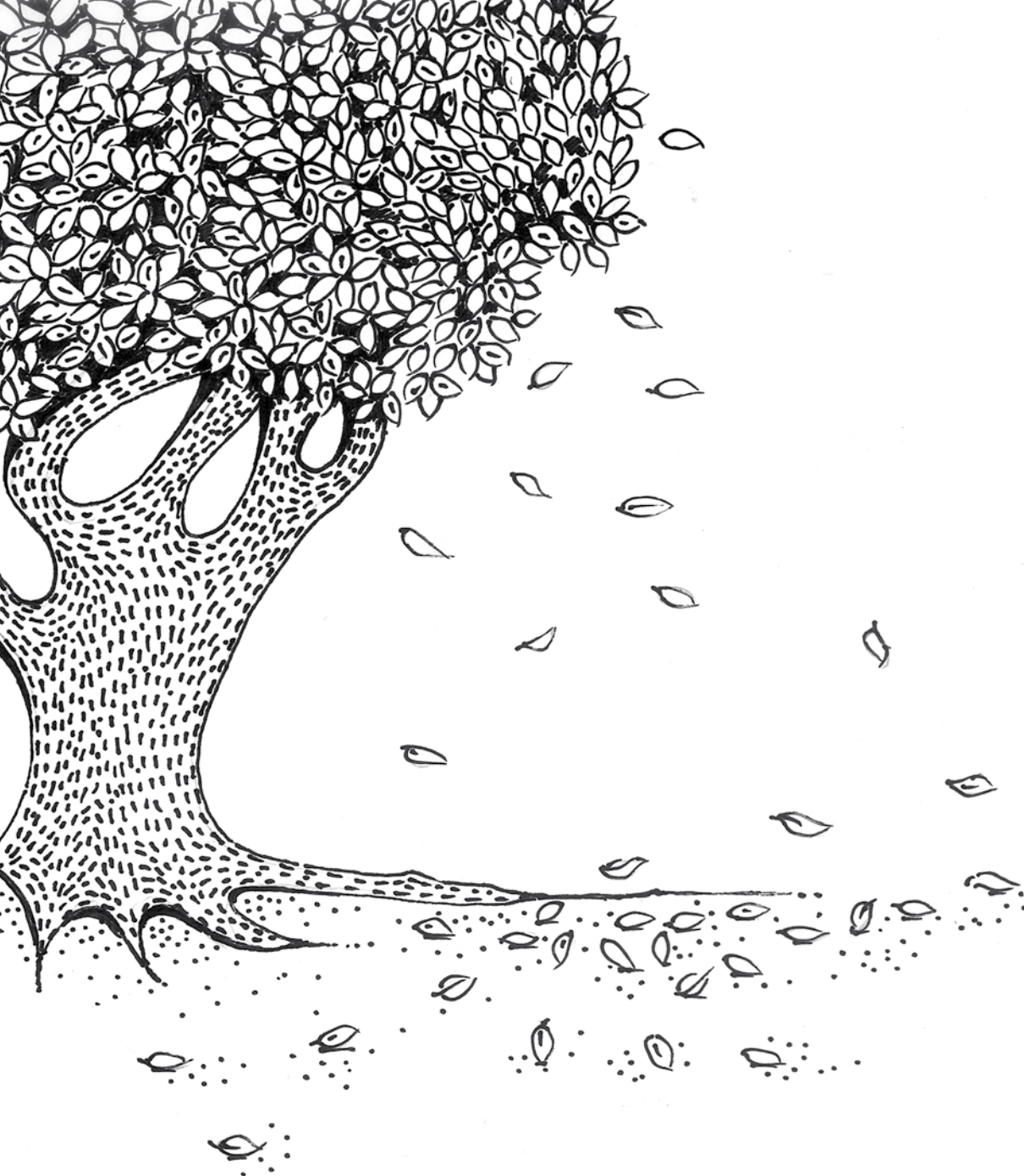
«*Leer es adentrarse a mundos posibles*» expresa Delia Lerner, y hacia ellos caminamos. De la mano de la poesía nos adentraremos a «**Un tiempo primigenio**» de esta América que fluye. Nos enamoraremos de «**Ella**» ... la tierra colorada; y del vuelo de los ángeles llegaremos a una «**Transformación**» porque «**Te digo**», hoy hablo tu mismo idioma. «**Que si hay lumbre en el vientre**» habrá paz en el mundo, porque «**Llueve**» sobre el punto gris de la mirada y «**Será otra vez la aurora**» de «**Una dulce ausencia**». Pues «**Sabes**», allí donde mis labios inventan besos, allí está mi amor en tu universo, dirá el yo poético de esos versos cadentes que llenen el alma de los lectores que encuentran en estos textos, la infinitud de lo literario.

Así también, desde la narrativa, los narradores de las historias nos sumergirán en «**La que nunca más vi**», desde el relato de un estudiante que vuelve a su pueblo al final de una de las tantas jornadas de estudio desde la ciudad de Eldorado a Montecarlo, sobre el puente Piray. Deleitarnos con «**Los ojos que miran al monte**» para sumergirnos en el verde rumor de éste, dejándonos llevar por el bastón de lo que pudo haber sido. Y «**Tejer**» con hilos del pasado, recreando un patio, esperando el sueño o la muerte...

Finalmente, la incorporación del ensayo como género literario que moviliza, que nos permite tomar posición frente a temáticas interesantes como «**Andresito**» emblemático personaje de nuestra historia misionera, y «**La construcción de Misiones en el imaginario del lector**».

Que recorrer las páginas de esta nueva edición, nos transporte a maravillosos mundos que muchas veces el mundo real no nos permite. *Juglaría ha vuelto, Juglaría es del pueblo.*

Lic. Antonio Marcelo Gimenez



La Selección Edición 2019

Poesía

ELLA...

Valeria Acosta, Lara Franco, Juan Olivera

Fue aquella noche en que me acerqué al Paraná
en la soledad de su cauce.
Era hermosa, suave, delicada;
Parecía un sueño hecho realidad.
Alegre, extasiado, me acerqué a ella...
Y quise abrazarla pero ella...me atrapó
Para no dejarme nunca más...
Su fluir produce en mí todo
Y me acompaña en mis peores días
Y también en mis días felices.
Ella es mi fiel compañía, mi paz
Mi encuentro con mi tierra roja.



Escritura colectiva que surge como acciones áulicas en Práctica II y Práctica III. Se aplican en el marco del Taller de escritura creativa realizado en el XIII Encuentro de Lecturas, 2018.

Tiempo primigenio

Es el tiempo de siempre,
El de la lluvia eterna
Pertinaz, persistente...
Es el tiempo de ayer, de antes,
De hoy y de mañana...

Es el tiempo primigenio
De esta América que fluye
Desde el pasado hasta ahora
Para siempre... en esta Picada Maestra,
En los rostros y baúles de viaje,
De idas y venidas...

Es el tiempo del viaje a la esperanza
Es el tiempo de manos
y de rostros
Es el tiempo del trabajo,
De la yerba, del tabaco, del arado
Y la fecundidad
gira...gira... el tiempo...

Del ahora al ayer...desde hoy
Hasta el origen
Gira y fluye... el tiempo...

Quisiera ser una partícula
Del tiempo
Y perderme
Para siempre.

Jacqueline Márquez



Transformación

Pude gritar al cielo
mi dolor y mi angustia.
Pude renegar de mis errores
y culparme.
Pude ofender con palabras
venenosas.
Toda esa angustia
la transformé en esperanza
La Esperanza en sanación.
(de aquella enfermedad)
Esperanza en la concreción
de sus sueños.
Me refugié en Dios.
Quien todo lo puede y fortalece.
Le pedí templanza y alegría
para que no decaiga mi fe.
Ni la de ella.
Y deposité en sus manos
su vida, su enfermedad,
y Él la transformó en luz
para que ilumine, adonde vaya..
Puedo gritar a los cielos
que ÉL la sostuvo.
Y la protegió junto a Ángeles
que se cruzaron para
cuidarla.

Ellos siempre están...

Se ocultan en oficinas,
colegios y hospitales.
No tienen alas ni plumas.
Trabajan, estudian.
Son padres y madres de familias,
como tú, como yo.
Van y vienen
mezclándose en el mundo.
Simples, casi mágicos.
Te encienden con su mirada profunda
y su franca sonrisa.
Sólo basta que te veas en sus ojos.
Y comprenderás.
Son ángeles que
tienen las palabras justas
en el momento adecuado.
Aparecen y desaparecen con estas frases:
«No desesperes, confía en Dios,
todo estará bien».
Sus palabras esperanzadoras
calman la ansiedad.
Nos ayudan en el diario caminar.

Ellos existen.
Están para guiarnos y protegernos.
Parecen invisibles.
Hoy doy gracias a Dios
por haberlos conocido.

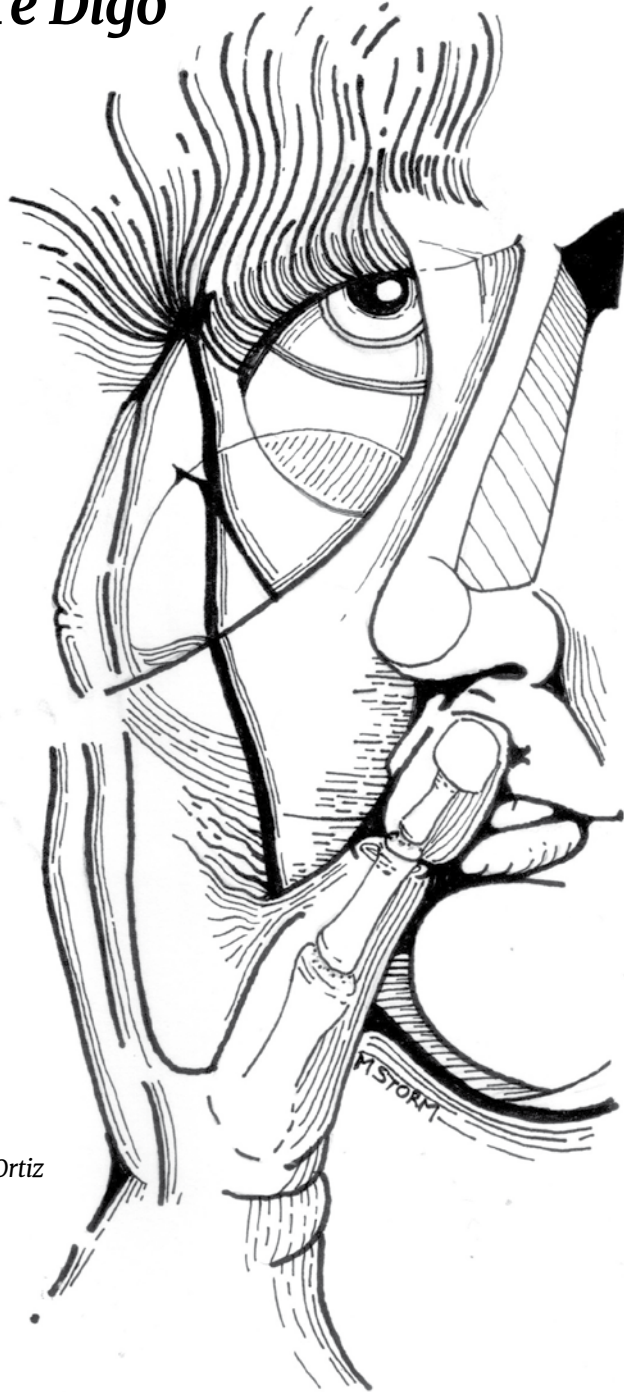
Alicia del Carmen Fonseca



Te Digo

Óyeme. Quiero contarte
Dejar los gritos, la euforia
Hoy quiero hablarte sin prisa,
Que me mires, que me oigas...
Hay un puente entre nosotros.
Con libertad narradora,
Que te hace igual a mí
Pero de diferente forma.
Es una mirada clara,
Una lucha, mil victorias.
Te digo su nombre al fin,
Mientras tú te desahogas.
Puedo leer tus silencios,
Tu elocución me desborda...
Reparto gestos y signos,
Te doy mis manos creadoras...
Hoy te escribo, me confieso
Te doy mi alma en mi idioma.
Cada letra, cada signo,
Cada símbolo te nombra.
Mi cultura, el significante,
El significado que evocas...
Te escribo, cuento y te observo,
Me regalas tu oratoria.
Yo te oigo y tú me miras,
Me hago parte de tu historia.
Háblame, cuéntame, dime...
Hoy hablo tu mismo idioma.

Andrea Ortiz



«Que si hay lumbre en el vientre...»

Es cierto que los días
y las noches del mundo
se llenaron de sombras
de razones mendaces
de inaudita ceguera
de oprobiosa miseria.
Es cierto que en el alma
del hombre hay un vacío
que sus manos no vuelan
que los dedos que siembran
amasan un pan amargo
que en sus ojos no hay luces
que en su boca se ha muerto
la miel de la ternura
que sus huellas no marcan
la senda de lo justo
que no hay señal alguna
de una nueva labranza
promisorio potente
fundante de una era
donde habite el milagro
donde crezcan las mieses

con gleba de trabajo
donde nazcan ideas
que protejan los sueños
donde todos hagamos
un camino que incluya
aún las diferencias
que no engañen al hombre
ni destruyan su sino
Ojalá comprendamos
que esa parida
precisa que juntemos
nuestros sanos alertas
nuestro entusiasmo pleno
nuestras claras conciencias
para que nada enturbie
la tibieza del nido
que construiremos juntos
para abrigo de todos
que si hay lumbre en el vientre
habrá Paz en el mundo

Verónica Stockmayer

Llueve

Llueve sobre la lluvia
reciente
que llovió sobre la lluvia
lejana
que había llovido sobre la lluvia
arcaica
que se inundó
en la lluvia
primigenia.
Llueve sobre la lluvia
mojada
de tanta cercanía
ausente
sobre el punto gris
de la mirada.
Llueve sobre la lluvia
más solitaria
del alma
y en hilos de agua
roja
se van los sueños.

Gladys Verón



Será otra vez la aurora...

Cuando llegue la noche
al terruño del alma
y las sombras te cubran,
las razones se apaguen
y tiembles aterido
con las alas ajadas,
brillará la fogata
del amigo entrañable...
Estará como un leño
ardiendo en tus anhelos,
alumbrando un camino
que te resulta oscuro.
Estará su mirada
alentando tu marcha
Estará su sonrisa
clareando tu mañana
Estará su palabra
gentil y sanadora
y su mano –tan tibia–
abrigando tus sueños.
Estará –y es seguro–
con su fuste y su sombra
Entonces, porque hay amigos
será otra vez la aurora

Verónica Stockmayer

Dulce ausencia

A Rubén Espinoza

Hay golpes en la vida que te enseñan a la fuerza.
Se aprende que los miedos, también son de gran compañía.
¿Por qué te has ido, por qué lo hiciste?
Me cuestionaba tantas veces.
Dejaste tantas huellas. Sembraste tanto amor.
Por eso tu recuerdo no es sinónimo de dolor.
Tres años parecen pocos.
Son significativos para el corazón.
Si la vida te sorprende con noticias inesperadas
Como esta.
En sollozos amargos, buscas mil razones sin hallarlas.

Te fuiste sin decir adiós.
Fue poco el tiempo que duró ese amor.
No importa.
Tu presencia valió la pena. A muchos nos cautivó.
Sé que estás allá muy lejos. Eres el ángel que me cuida.
No te veo, pero existes. Eres parte de mi vida.
Es imposible evitar la tristeza. Lo comprendí, aunque tarde.
Aprendí que el sufrimiento es parte de la vida.

No hay distancia, no hay olvido.
Tu recuerdo siempre permanecerá.
Dios te quiso a su lado.
Mas te pido que tu estrella siempre me acompañe.
Y me ayudes a soportar tu triste y dulce ausencia.

Nelly Wanda Casco

Sabes...

Sabes amor mío
Que al desandar silencios
Sueño de estrella luna
De mar y tiempo.
Sabes, que cuando ríes
Tus palabras al viento
Perfuman primaveras
De lapacho en fuego.
Allí, donde tus manos, tus ojos
Tu piel, me renuevan
Allí donde mis labios
Inventan besos
Allí está mi amor
En tu universo

Martina Dohmann





Narrativa

La que nunca más vi...

Y yo aquí, nuevamente corriendo para poder alcanzar el colectivo. Déjenme decirles que la vida del estudiante es así, y encima una rutina constante. Por suerte logré llegar al colectivo, el cual ni bien subo se pone en marcha. El colectivo realiza las maniobras correspondientes y se retira de la terminal. Luego el guarda se dirige a mí para cobrarme el pasaje.

–¿Hacía dónde?, pregunta

–Montecarlo, le contesto

Estoy estudiando en Eldorado y hasta Montecarlo son unos treinta minutos aproximadamente.

En el transcurso del viaje me doy cuenta que en el colectivo no había nadie. Solo yo.

De pronto, observo que estamos pasando sobre el puente Piray, más conocido como el «puente banana», cuyas aguas son tan majestuosas como un río.

Interesante tema para escribir...pienso:

El río me produce esa misma sensación

Que me produce la vida

El río me causa y me genera satisfacción,

Y una gran alegría al ver fluir tanta vida.

El río es paz. El río es una ilusión.

El río es igual al tiempo. No se detiene. Sigue su curso. Arremete. Como el destino. Que me llevó a ti.

Juan Manuel Aquino, Yennifer Mariel Melgarejo

Escritura colectiva que surge como acciones áulicas en Práctica II y Práctica III. Se aplican en el marco del Taller de escritura creativa realizado en el XIII Encuentro de Lecturas, 2018.

Los ojos que miran al monte

De un golpe seco abrió la frágil puerta de la casilla. Entraron en silencio. Ella se fue derecho a la puertita que da al patio y de allí, al monte. Se sentó como siempre en el primer escalón y allí se quedó sin impaciencia.

Él tiró los sobres ajados de papel madera sobre la mesa y se sirvió agua. Se sentó y con su brazo apartó, bruscamente, los sobres y apoyó la cabeza en el hueco de sus manos. Estuvo inmóvil sin saber qué hora era, si tenían que almorzar, si había algo para comer. Habían estado en el hospital desde las cinco de la mañana. Se sentía agotado, casi todas esas horas las había pasado parado cuidando de ella que solo quería mirar los árboles del sector viejo del hospital.

Y después...lo de siempre, miraron los estudios, esos que ya habían hecho tantos viajes al hospital, hicieron las preguntas que él ya conocía y terminaron casi de la misma forma...Paciencia, amigo, esto no es fácil pero es así, no hay más que algunas drogas que pueden ayudar a aliviar sus crisis, si vos pudiste hasta ahora ¿por qué no vas a poder seguir?, es paciencia y más paciencia. Ella va a seguir escuchando voces y viendo gente, pero vos sos el único que puede darle algo para sostenerse en las crisis, si vos te mostrás tranquilo, puede ser que ella, en algún momento de claridad vea, a través tuyo, que no es real lo que ve, a algunos pacientes les ha pasado ¿quién te dice que a ella también?. Es paciencia y más paciencia. ¿Internarla? No, no va a estar bien como está con vos. Quedate tranquilo, por ahora no es peligrosa, pero, eso sí, no pueden pensar en hijos... Parecía que la mente le estallaba, tal vez era porque no había comido, no podía pensar, ¿cómo?, ¿cómo?, ¿qué hacer? Siempre había tenido esperanzas, siendo jóvenes como eran habían pensado en una familia...pero ahora...¿Qué esperar para mañana?

Ella seguía sentada en el primer escalón, mirando al monte. Su pelo claro, sus ojos grises, sus formas suaves y aniñadas, se destacaban en el marco descascarado de la puerta, en el patio despojado y descuidado. Solo su mirada tomaba vida al alcanzar la sombra del montecito. Ahí se complementaban el gris y el verde.

Ella no sentía hambre ni cansancio, solo incertidumbre porque no sabía si los médicos iban a cambiar su vida. Los había escuchado hablar tanto sin entender, que ahora temía que su ilusión de todos los días fuera a desaparecer. Por eso lo

único que la mantenía inmóvil en el primer escalón, era el miedo a que no volviera a aparecer, a no escuchar más su suave voz que la calmaba.

Miraba con ansiedad y angustia si en la parte más oscura del monte empezaba a vislumbrarse el brillo cautivador. Y de pronto...lo divisó. Su corazón dio un salto, se puso de pie muy despacio para no hacer ruido y oyó el suave silbido. El monte era el remanso de sus días, el único lugar donde no temía, lo que hubiera en él no podía ser malo.

Y entonces escuchó la voz, la conocida voz que la embelesaba y vio el resplandor de sus cabellos y toda ella se sintió iluminada, envuelta en el verde rumor del monte. Cerró los ojos y sintió que le acercaba el bastón para guiarla y se dejó llevar, se internó en la suave humedad del atardecer.

Marta Julia Perasso



Tejer

La mujer se hamacaba en su sillón de mimbre. Luego de la siesta, le gustaba salir al patio y tejer escuchando el canto de las aves. Deseaba plasmar en sus tejidos aquellas imágenes cotidianas que tanto disfrutaba. Un día, tomó coraje y pese a su avanzada edad se trepó a un mango. Primero eligió una rama, en apariencia fuerte y se tomó de ella. Luego, levantó su pierna izquierda hasta colocarla en una horqueta. Cuando elevó la derecha, su cuerpo se sacudió y sintió miedo. Recordó que a sus siete años quiso cortar unas flores de paraíso y sólo consiguió un pasaje directo hacia el suelo. El dolor de los moretones le hizo recordar su hazaña durante varios días.

De todos modos necesitaba subir un poco más. Sin mirar hacia abajo eligió un espacio, se acomodó en una de sus ramas y esperó la llegada de algún ave. La primera en aparecer fue un cardenal. Lo contempló en silencio deseando que se acercara un poco más. Debía ser precisa, estirar su brazo y atraparlo rápidamente. Entonces, surgió en su memoria la figura de su madre cuando copió el canto de ciertas aves mediante un silbido. Empezó a silbar y notó que el cardenal giró su pequeña cabeza. Estaba claro que buscaba a quien producía el sonido. Respiró y volvió a producir el canto. El ave voló y se apoyó en una rama cercana. Ella sintió que la miraba. ¡Sus plumas rojas se verían tan lindas en su manta! Se acordó de la leyenda que le habían leído en la escuela y lo examinó, ¿Cómo puede ser que ese diminuto ser haya sido un soldado? Tenía que arriesgarse porque desde el sitio donde se encontraba lograría cazarlo. Entonces, con la rapidez de un gato tomó el ave, sintió que se movía entre sus manos e intentaba defenderse. Le dio pena, pero deseaba sus plumas, su canto y su imagen. Luego de unos minutos su cuerpo dejó de agitarse.

Abrió sus manos y no pudo evitar llorar. En su infancia, defendía a los pájaros del ataque de las hondas de sus hermanos; ahora, ella lo había matado. Quería congraciarse con la naturaleza, aunque no sabía cómo hacerlo. Primero debía bajar. Giró y se sujetó con sus manos sucias de otra rama gruesa. Luego, debió ubicar el pie en la siguiente horqueta y nunca había que mirar hacia abajo. Iba descendiendo de frente al árbol. Solo faltaba un último envión para llegar al suelo. Se sujetó fuerte de las ramas y dejó que su pie contenido en la zapatilla acaricie el tronco para medir la distancia. Después se dejó caer y fue su pierna derecha la primera en tocar la tierra. Un tirón en el brazo izquierdo fue el aviso

que necesitaba para soltarse. Ya había pisado el suelo pero el miedo no se iba. Caminó lentamente hacia el sillón y comenzó a arrancar una por una todas sus plumas. Las clasificó en colores. Cuando terminó, se dirigió hacia el muro y colocó el cuerpito pelado sobre los ladrillos. Se lo veía aún más chiquito. Hoy los gatos se van a encontrar con un pequeño regalo, pensó.

Hamacándose fue recreando la imagen del cardenal en su tejido. Las plumas rojas constituían su cabeza, las grises el lomo y las blancas el resto del cuerpo. Le gustó lo que veía y decidió atrapar otra ave para que le hiciera compañía. Nuevamente subió al mango. Se ubicó en la misma horqueta y espero tener igual suerte. Mientras aguardaba vislumbró el patio de su vecino, sus flores y la calle vacía. Solo se escuchaba el sonido de las chicharras.

Un hornero sobrevoló el árbol y parecía que buscaba un lugar donde posarse. Lo esperó y cuando iba a apoyarse lo atrapó con su mano derecha. Lo apretó fuerte hasta que comenzaron a dolerles los dedos. No lo iba a soltar. Se sintió poderosa y con una capacidad que le gustaba pero que rechazaba. Se prometió a sí misma que iba a ser su última cacería. El hornero no tiene las plumas coloridas del cardenal, sin embargo admiraba su capacidad constructora y su canto suave.

Podría comenzar a bajar pero el pájaro seguía moviéndose. Esperó. Cuando notó la ausencia de aleteos, colocó el hornero en el bolsillo de su delantal, junto a unos broches de madera, y comenzó el descenso. Fue tomándose de las ramas y ubicando el pie en las horquetas. Cuando llegó al piso se quedó un rato, junto al árbol, esperando adaptarse al nuevo espacio. Una vez que se sintió mejor fue hacia el sillón y, con un hilo de color rojo, unió su presa al telar. A su cuerpo lo llevó al muro para que se quede ahí a esperar a los gatos. Pese a todo lo que contenía el paisaje no estaba completo porque faltaban las flores, el paraíso y los jazmines. Cortó flores y hojas y poco a poco fue uniéndolas a su tejido lo que consideraba necesario.

La obra se fue ampliando y lo que comenzó como un rectángulo pequeño ahora podría cubrirla por entero. Se tapó con la manta y cerró los ojos. Se sintió abrazada y contenida. Era feliz y entonces apareció su esposo. Allí estaba él sujetándola de la cintura mientras bailaban un chamamé. Sus risas se apagaban solo para dar espacio a algún comentario: «¡Ay, que te quiero!», le decía él y las lágrimas comenzaron a caer. Lo extrañaba demasiado, le dolía su ausencia. Ya no quería seguir sufriendo. Pasaron ocho años desde aquel momento y el malestar

no cesaba; al contrario, se acentuaba. Se quitó la manta lentamente mientras sentía el roce de las plumas y el aroma de las flores.

Después la desplegó frente a sus ojos y contempló la imagen. Había recreado su patio, solo faltaba ella. Tomó un puñado de sus cabellos blancos y volvió a tejer. Finalmente, la percibió igual a lo que deseaba representar y anheló quedarse allí. Cuando bajó el sol y apareció la luna, sacó el sillón al patio y, cubierta con la manta, decidió esperar el sueño o la muerte.

Noelia Albrecht





Ensayo

Andresito, el hijo más sentido del solar guaraní en nuestra lírica

En todo relato, el héroe es siempre un punto de referencia. Desde la antigüedad clásica hasta estos tiempos posmodernos, en la literatura como en la historia fáctica, la figura del héroe ha sido atravesada por la creciente importancia del antihéroe, rasgado éste por trazos de pasión humana. Así tenemos los que provienen del mito, la literatura o la Historia y su particular épica traducida en acontecimientos concretos. Entonces pensamos en el inmortal viaje de Odiseo que muestra las vicisitudes de la superación interior del hombre además de los obstáculos de la aventura; en la atrevida travesía de don Quijote que busca el Bien y la Justicia y en otros perfiles que han contribuido a la construcción de nuestra identidad como el General don José de San Martín.

A diferencia de otras personalidades de nuestra historia nacional, son escasos los datos biográficos de Andrés Guacurarí y aquellos con que se cuenta son imprecisos. Algunos historiadores afirman que nació en el actual suelo correntino, en Santo Tomé; otros creen que fue en San Borja, Río Grande do Sul, un 30 de noviembre, día de San Andrés, entre 1778 y 1790.

De sangre guaraní y humilde procedencia, su educación incluyó el conocimiento del español y el portugués. En las Misiones, recibió formación militar y religiosa y desarrolló notable pulcritud en la escritura. Dado al arte, cultivó la música como casi todos los jóvenes guaraníes que se formaron al cuidado de los padres jesuitas. Los sucesos de la Revolución de Mayo alcanzaron su interés y atento a las cuestiones sociales que entonces afligían a los sectores populares, en 1811 se unió al Protector de los Pueblo Libres, José Gervasio Artigas, como su hijo adoptivo y poco después como Comandante General de las Misiones, un cargo equivalente al de Gobernador.

De 1815 a 1819, participó activamente en las acciones destinadas a defender las fronteras de nuestra tierra misionera frente a los avances de las fuerzas lusitanas. Es posible afirmar que junto a Artigas se formó políticamente y tuvo contacto con los principios democráticos, republicanos y federales imbuidos en la Liga de los Pueblos Libres. En el marco de la gesta para recuperar el esplendor de la época jesuítica, junto a Artigas, fue protagonista de profundas transformaciones sociales y agrarias que serían beneficiosas para la comunidad guara-

ní que poblaba esta tierra. En plena acción revolucionaria, fue hecho prisionero por los portugueses y su muerte habría acontecido en 1821. Tendría no más de 43 años.

La novela latinoamericana, la lírica y sobre todo la nueva novela histórica se han ocupado de resignificar a las grandes figuras de la historia fáctica las que se han ido configurando en verdaderos sujetos de la nacionalidad. En la poesía misionera y del litoral entero se evoca la figura de Andresito. La iconografía y las expresiones plásticas nos acercan su fisonomía y su breve, pero fundamental actuación, que signa fuertemente estos tiempos. Son versos sentidos que convocan su liderazgo y su entrega a las causas nobles. Algunos autores componen su retrato con los datos de la historia, otros rescatan su memoria y reconstruyen su ideario a partir de una poderosa intrahistoria, arraigada desde aquellos naturales contemporáneos de Andrés hasta alcanzar la fuerza del mito.

Para nuestro análisis tomaremos los poemas de Ana Antonia Hereter, Oscar Gustavo Ríos, Julio Gustavo Ríos Bordón, Antonio Hernán Rodríguez y el Padre Julián Zini.

Ana Antonia Hereter dice en su poema *Andrés Guacurarí* que su figura es la del *¡Indio héroe!* Su retrato es la réplica del caudillo generoso y valiente, fiel a los suyos: [...] *llevó sangre natural en sus entrañas,/ y el amor propio rebasó su estirpe./ La lanza le dio el coraje,/ junto a su postura y razón firme.* Es posible ver en estos versos a un hombre centrado en un objetivo claro y despojado de intereses personales: *La libertad de Misiones fue su meta/ y se impuso a las huestes enemigas.*

La composición de su estatura moral llega hasta la heroicidad, digna de un modelo a seguir: *Su vida no importaba, mas sí la patria/ que palpitó en su espíritu en cada instante.* Y con esa convicción incorruptible recorrió los escenarios de nuestra región: *Rincón de la Cruz, Loreto, Santa Ana,[...] La raza de Mbororé/ demostró valentía [...]* La fuerza de la etnia y el linaje que lo constituyen adquieren aquí un carácter sustantivo.

Oscar Gustavo Ríos en su poema *Barro y hojarasca* lo interpela: [...] *aún sigues cabalgando/ bordeando el río Uruguay/ con tus bravos y tu lanza,/ de Apóstoles a San José,/ de Corrientes a Candelaria.[...]* Y en el *Brasil de tus cadenas/ y en la Banda Oriental de José Artigas,/ tus huesos se resisten al descanso/ y al olvido en la mortaja*. Hay un Andrés vivo en esta tierra y en la memoria de sus gentes; un temblor en las letras de su nombre que no perece y que se renueva en emocionada evocación.

A diferencia de otros generales libertadores de la historia continental, que brillan en los broncees o en encumbrados capiteles, Ríos destaca en la emoción de su verso a un héroe diferente, un Andrés singular y único, puesto que [...] *ninguno como vos/ resplandece en el lodo/ y la hojarasca en que la historia [...] te ha ocultado*. Hay un señalamiento concreto a la ingratitud de la posteridad, al olvido de la historia oficial y canónica. El poeta encuentra que [...] *en el barro!/ ¡justo allí quisieron ocultarte!* Podemos decir: nada más oportuno, puesto que así su identidad más esencial pervive a través de los tiempos y su inmortal tarea libertaria modelada [...] *con el pecho, la palabra y la tacuara,[...]* nos llega resonando en voces de nostalgia.

Las nuevas generaciones protagonistas de nuestros tiempos están ávidas de liderazgos portadores de la entrega necesaria y ejemplar como la del general indio, con su coraje y compromiso con la causa de esta tierra, con la pasión de su lucha. En fin, Andrés no está [...] *en el bronce de la estatua,/ ni en la cima de la gloria!*, dice Ríos, pero en sus versos vemos que es posible rescatar su poderosa figura, su intensa memoria que luce [...] *inmortal en el paisaje litoral/ de nuestra patria./ Y en el barro, Andrés,/ en el barro y la hojarasca*. En el suelo mismo, en los más profundos y esenciales componentes de nuestra tierra.

Julio Gustavo Ríos Bordón por su parte, denuncia en su poema *Bandera guaraní*, la problemática actual relacionada con la construcción de represas, las operaciones desafortunadas con las tierras, el atropello a los derechos de los pueblos originarios y los negocios de compra y venta de territorios de nuestros glaciares. Invoca entonces al general indio y es muy elocuente: [...] *que se alce Guacurarí gritando ¡guerra!/ al nuevo invasor, [...] al guaraní le sobra coraje para hacerlo/ corazón guerrero, que vuelve valiente a mi pueblo*.

La advertencia es puntual: *Verán pasar las canoas al acecho/ corriendo río abajo en entrevero/ verán en cada orilla una lanza/ y en cada pescador a un guerrero*. El espíritu de Andrés, su impronta, el esplendor de su lumbre en nuestra memoria: *Sobre la niebla blanca viene bajando [...], se multiplica en cada hombre, en cada individuo de estas fronteras*. Hay esperanza en el poeta que confía en la Historia: [...] *la pluma justiciera/ buscará la mano que la escriba sin amagues*.

Con voz doliente nos llega el verso de **Antonio Hernán Rodríguez** en su poema *Ay, Andrés, compañero*. El poeta exalta el amor de Andrés por su tierra, amor que se perpetúa en el tiempo y que no merecía tan injusto final: *Ay, Andrés, decime si merecías/ morirte entre barrotes/ o látigos/ o serpientes./ Esclavo para siempre, Andrés [...]* Subraya el poeta, categóricamente: *No, Andrés, no merecías/ cadenas ni traiciones/ hermano fronterizo,/ compaisano [...]*. Es preciso traer de la memoria al general indio a nuestro presente difícil, puesto que recuperarlo nos permite un remanso que nos llevará a un tiempo mejor.

El hombre desesperanzado de hoy necesita del caudillo, de su fidelidad y su bravura. Es imperiosa la demanda del poeta que asume una voz colectiva: [...] *en el nombre de tantos/ te recuerdo,/ te rescato/ Andrés,/ en el nombre de un pueblo/ leal y castigado/ te convoco a las lanzas/ y a las crines para siempre,/ al relincho y al grito te reclamo/ a regresarte/ te mando, compañero,/ que hay muchos injustos en tu suelo [...]* La voz lírica alcanza la tensión de la angustia en la exhortación, cuando expresa: [...] *no podés morirte ahora, nuevamente/ en esta hora*. Duele mucho el desamparo y es muy intensa la pena que nos acomete, por eso declara con renovada fidelidad: *Andrés/ raíz fuerte de la Patria/ de nuevo en esta hora/ te esperamos*.

El Padre Julián Zini en su poema *Andresito* lo retrata a partir de dos aristas: desde la historia oficial que lo vio como un *General improvisado/ de un ejército harapiento/ profanador de costumbres, [...] usurpador de la tierra[...]*; y desde su mirada lírica, que es la de todos los hijos de esta tierra que ven en el nombre de Andresito: [...] *la sagrada rebeldía/ de una dignidad sin precio [...] hijo fiel de tus mayores/ peleando por tus derechos*.

La música del compositor **Mario Bofill** le agrega a estos versos del Padre Zini el componente más que oportuno para que su retrato moral trascienda y se multiplique en una voz colectiva también que lo reclama para este tiempo: *Che Comandante Andresito,/ montonero y guaraní, [...] ¡centinela de la Patria/ de Iguazú a Mandisoví!/ Sos la memoria viviente/ de Oberá y Mbororé [...]* ¡Sos Dignidad, sos Justicia,/ sos Patria Grande de piel!/ Una vez más, por nosotros;/ ¡volvé, Andresito, volvé!

La persuasión se hace ruego aquí y tiene un motivo para el Padre Zini en estos tiempos de intolerancia, puesto que: [...] *no hace mucho/ vivíamos compartiendo/ la comida y la plegaria, [...] ahora estamos enfrentados/ entre hermanos, casi en cueros;/ una vez más invadidos/ y apenas sobreviviendo/ General Guacurarí, [...] con sólo decir tu nombre/ vuelve a soñar nuestro pueblo,/ resucita la esperanza/ y nos juntamos de nuevo*.

Los poetas coinciden en reclamar a la Historia la presencia de Andresito y en rescatar las viñetas olvidadas de su epopeya más pura y verdadera. Hereter

confía en que, para este tiempo, se necesita su [...] raza de Mbororé[...]; en los versos de Ríos el poeta declara [...] aún sigues cabalgando [...]; Ríos Bordón está seguro [...] sobre la niebla blanca viene bajando[...]; Rodríguez exhorta con fuerza y dramatismo [...] no podés morirte ahora [...] de nuevo en esta hora/ te esperamos. Y el Padre Zini, en la conclusión del poema-canción muestra una gran esperanza, puesto que el destino y la tragedia de la prisión y muerte de Andresito, no fueron obstáculos para que su semilla se diseminara con la esperanza de poder –alguna vez– germinar y multiplicarse en nueva fuerza de libertad: *Te engrillaron los tobillos/ pero no tu viejo sueño/ que, según se rumorea,/ logró escapar y anda suelto! [...] Y en las fronteras del alma,/ junto al río de los sueños,/ tu sombra sigue de guardia/ igual que un tigre en acecho!* Para el poeta la sombra de Andresito custodia el solar guaraní que nos pertenece, entonces no podríamos tener mejor estrella.

Carmen E. Herheluk de Monzón

Fuentes

Andresito Artigas en la Biblioteca Pública de las Misiones. (2014). Editorial de las Misiones.

Jorge F. Machón (2005). *Andrés Guacurarí y Artigas en Candelaria*. Ed. Creativa.

María Angélica Amable y Liliana M. Rojas (1988). *Historia de Misiones*. Tomo II. Ed. Montoya.

Revista Juglaría. Ed. Montoya, (varias ediciones).

Mario Bofill. *Reflejando lo nuestro*. Vol. 1. Ed. El Territorio.

La construcción de Misiones en el imaginario del lector

No es ningún descubrimiento aseverar que la literatura es una construcción en la que toman parte, aunque no simultáneamente, el autor y el lector, y que es la vez una construcción que resistirá el tiempo y las distancias.

Menciono esto porque al referirnos a la literatura misionera veremos, como algo muy singular, que en sus orígenes, y por largo tiempo, todo lo escrito acerca de estas tierras, tuvo como destinatarios a lectores lejanos, los cuales, a partir de lo que contaban algunos autores, se fueron haciendo una idea de estos lugares que jamás conocerían. Y eso lo sabían quienes escribían, de allí que fueran tan explícitos para describir todos los deslumbramientos que esta región les provocaba, ya que éste fue un ámbito geográfico que permaneció, por siglos, sin ser narrado por los blancos hasta que, una vez comenzada sobre él la escritura, se fuera gestando lo que hoy llamamos *literatura misionera*.

He dicho lo narrado por los blancos, porque ya estaba, y desde tiempos remotos en estas tierras, la cultura oral de los indígenas. Pero sólo lo consigno al paso sin detenerme en ello, ya que sería apartarnos de la línea de este encuentro. De modo que haremos sólo mención a la escritura del blanco que vino primero a explorar y luego a residir en estas tierras.

Como sabemos, en un principio fue la selva, y dentro de lo más cerrado de ella se generó, allá a comienzos del siglo XVII, el antiguo Territorio Jesuítico de las Misiones y luego, andando el tiempo y los avatares históricos, la Provincia Argentina de Misiones. Un territorio geográfico donde, desde hace por lo menos 400 años, hubo gente que escribió para contarle a otros, situados lejos de aquí, cómo era la geografía del lugar, su flora y fauna, quiénes la habitaban, sus costumbres, las cosas sucedidas aquí. Una producción escrita de la que habría que separar lo que es y lo que no es literatura propiamente dicha, al menos lo que es ficción, pero que en su conjunto, y con el tiempo, fue moldeando, en la imaginación de quienes no residieron nunca acá, una idea de cómo es esta tierra. Porque esta zona nordeste de lo que acabaría siendo la Argentina, permaneció en un relativo aislamiento hasta bien entrado el siglo XX, a diferencia, por ejemplo, de otras regiones como el Noroeste, o Cuyo, tan vinculados a la historia argentina, e inclusive la propia Patagonia. El acceso a Misiones nunca fue demasiado fácil. Una región de selvas y de grandes ríos, recorridos en sus márgenes pero con un interior inexplorado. Una región con su propia y muy intensa historia, con costumbres propias, que se sabía que existía, pero que no era frecuentada.

¿Y qué particularidad tuvo este aislamiento? El de generar, en el imaginario colectivo de los situados lejos, un aura de misterio, como el que cubre las cosas de las que se sabe poco, y más cuando de ellas emana no un total silencio, sino algunos indicios de grandiosidad irradiados, al menos, por dos elementos superlativos: la selva y las cataratas.

En este rápido recorrido veremos entonces que, prácticamente toda la producción de textos, no siempre literarios, referidos a Misiones, los generó durante siglos, una categoría de narradores a la cual me atrevo a darles el nombre de... «recienvenidos».

Y aquí nos detenemos un instante para ver qué características tiene esta categoría de narrador, existente con seguridad en muchas partes del mundo, pero en este caso aplicada a Misiones:

En principio los «recienvenidos» a Misiones fueron individuos masculinos, siempre con alguna fuerte motivación para hacer su viaje: cumplir una misión pastoral; realizar algún tipo de exploración por encargo de instituciones, llevar a cabo investigaciones científicas, realizar mensuras o, simplemente, correr una aventura sin igual en un ámbito desconocido y peligroso.

Seguramente fueron muchos, pero sólo algunos de ellos, en diferentes épocas, publicarán lo vivido al regreso de sus viajes, y ello será suficiente para ir cimentando los antecedentes de la literatura de esta región, aunque no toda esa producción, como decimos, fuese estrictamente literaria. Y aquí cabe mencionar, dentro de esta categoría de «recienvenidos», también a aquellos que llegaron pero que no se fueron nunca. Los que llegaron para quedarse: colonos, maestros, funcionarios, algunos de los cuales, muy pocos, y mucho tiempo después de afincados, habrían de recordar, dejándolas escritas, las impresiones que tuvieran a su llegada a esta tierra.

Por supuesto que un recuento de todos estos testimonios sería largo de enumerar, pero mencionemos al menos algunos casos emblemáticos para ilustrar, comenzando por aquellos que llegaron a Misiones para cumplir alguna misión y no quedarse, como lo fuera la primera fugaz visión de estas tierras que corresponde a las cataratas del Iguazú. Esa descripción que en su pasada nos deja Alvar Núñez Cabeza de Vaca en 1542, cuando el relator de los *Naufraios y Comentarios*, Pero Hernández, nos habla »de cómo el gobernador caminó con canoas por el río Iguazú, y por salvar un mal paso de un salto que el río hacía, llevó por tierras la canoas una legua a fuerza de brazos«.

Luego de ese paso por las cataratas, nadie nos hablará de Misiones hasta el siglo siguiente, cuando venga la producción de testimonios de la experiencia jesuítica. En este caso eran religiosos llegados de Europa, o de otras partes de América los que habrán de narrar sus experiencias, tan vívidas como las que

dejara el Rector Espiritual de esta casa, Antonio Ruiz de Montoya, en su «*Conquista Espiritual...*» con descripciones detalladas de sus viajes a través de los montes, referencias de sus habitantes, su lengua, costumbres, la flora y fauna de tan apartada región, y así podríamos seguir agregando nombres ilustres de la época misional como los del padre Peramás, Diego de Boroa, Cardiel, el padre Antonio Sepp y, sumado a ello, las Cartas Anuas, en las que los jesuitas dejaban periódicamente referencias de todo lo ocurrido en estos pueblos inmersos en el monte.

Pero, como todo en la vida, la experiencia jesuítica también llegará a su fin, porque traspuesta la primera mitad del siglo XVIII, y luego de ciento cincuenta años de experiencias teocráticas en medio de los montes, vendrá la expulsión de la Compañía, y aquellos testimonios, aquellos primeros libros impresos en las misiones, -dicho sea de paso, los primeros libros impresos en territorio de lo que vendría a ser nuestro país-, quedarán encerrados en las bibliotecas, consultados tal vez por pocos estudiosos, en tanto los pueblos eran tapados por la selva sin que nadie testimoniara nada.

Sólo árboles creciendo entre aquellas paredes hasta la llegada, muchos años después, de algunos naturalistas viajeros que, encomendados por los gobiernos o por instituciones científicas, habrán de recorrer estos parajes donde de los pueblos jesuíticos sólo han quedado las ruinas cubiertas de enredaderas.

¿Y quiénes son estos otros *recienvenidos*? Félix de Azara, Aimé Bonpland, Alcides D'Orbigny, luego Martín de Moussy, exponentes del conocimiento científico de la época que habrán de relatar las experiencias de sus viajes, detallando todo lo que encuentran: la fauna y la flora exuberantes, expuesta allí para ser clasificada por la ciencia, la geología del lugar, las costumbres de la poca gente que habita estas regiones... y las ruinas, llenas de nostalgias del pasado jesuítico donde aún quedan los naranjales dando sus frutos y algunas plantaciones de yerba.

Una enorme cantidad de testimonios y muestras, pero para ser enviados a Europa y hacer que allá queden almacenados en bibliotecas y gabinetes para el conocimiento de los contados científicos que no han tenido la posibilidad de venir a conocer estas tierras, pero que se han formado de ellas una idea a través de las experiencias de estos viajeros ilustres.

Pasará el tiempo y luego, sobre la segunda mitad del siglo XIX, y acabada la Guerra de la Triple Alianza, serán otros los «recienvenidos» que lleguen para observar y dejar testimonio de lo que encuentran en estos parajes donde ya han crecido poblaciones estables, como esta ciudad, sin ir más lejos, y Encarnación, sitios donde hay ya un activo comercio, y entonces contaremos con la visita de Roberto Cunningham Graham, Alejo Peyret, Ramón Lista, Rafael Hernández, Santiago Bertoni, Eduardo Holmberg, Juan Queirel, Pedro Croharé, Juan Bau-

tista Ambrosetti, Carlos Burmeister, viajeros atraídos por la selva y su misterio, algunos con propósitos científicos, otros destinados a realizar mensuras en esta tierra que comienza a explotarse, porque ya se han visto en ella sus potencialidades económicas, basadas especialmente en extracción de la madera y la yerba mate, dos elementos naturales que tendrán como protagonista central a un personaje: el *mensú*, o sea el peón explotado que llenará más tarde páginas y páginas de testimonios, novelas y cuentos.

Y comienza aquí otra historia, que tiene que ver con los comienzos del siglo XX y la presencia de esos otros «*recienvenidos*» llegados para quedarse. Son los colonos de los más diversos orígenes, aunque lo hacen en otro momento histórico. Estamos en el momento de un país en expansión, institucionalizado, que apunta a convertirse por sus recursos en una potencia mundial y con una capital cosmopolita como Buenos Aires, una «cabeza de Goliat» con mayor peso que todo el interior. Un momento especial, con un desarrollo de los medios de comunicación y de la educación pública, y con un sistema de transportes que se va expandiendo, entre ellos las líneas fluviales regulares que conectan las ciudades del litoral y el ferrocarril, que tardará algo más, pero acabará llegando hasta Posadas.

Es en ese marco de estreno del siglo XX, más precisamente en 1903, que habrá de producirse la llegada a Misiones, por encargo del Sr. Ministro del Interior, Joaquín V. González, de un hombre de letras de reconocido prestigio como lo era Leopoldo Lugones, acompañado en calidad de fotógrafo por un joven uruguayo de nombre Horacio Quiroga. La misión que traen es recabar el estado en que se encuentran los antiguos pueblos jesuíticos y el viaje, que abarcará también visitas a las misiones de Brasil y Paraguay, les demandará un año.

Y es a partir de ese momento, podríamos decir, que todo comenzará a cambiar con respecto al imaginario popular de las Misiones forjado en otras partes. Lugones –cuyo propósito era redactar un informe del viaje– acabará publicando un libro exhaustivo sobre las misiones, titulado «*El Imperio Jesuítico*», que tendrá una apreciable repercusión, y el joven Quiroga quedará marcado para siempre por el sortilegio de estas tierras al punto de volver al poco tiempo para radicarse en San Ignacio y convertirse, al decir de Abelardo Castillo, en alguien que, «*nos enseñó la selva, el deslumbramiento y la abominación de la selva. No que la describió -porque casi no hay descripciones en sus cuentos- sino quien nos reveló la selva. No como paisaje, sino como geografía espiritual*».

Castillo dice algo aquí muy significativo: «*nos reveló la selva*» ¿a quiénes? Podríamos apresurarnos a decir, a los misioneros. Pero no es así ya que Quiroga no escribía para ser leído aquí, sino en Buenos Aires. ¿Nos reveló la selva a los argentinos? Tal vez, pero ¿A qué argentinos?, seguramente a los que no conocían Misiones ni vendrían jamás acá, pero aprenderían cosas de la vida en este

territorio. Y ¿Cómo pudo hacerlo, más allá de contar con su innegable talento para narrar? Lo hizo porque tuvo la posibilidad de publicarlas en los medios gráficos de más grande tirada en el país en aquel entonces: los diarios La Prensa, La Nación, Crítica, la revista El Hogar, y en otros medios. A partir de sus relatos a la gente de la gran ciudad le resultó sencillo familiarizarse con el arte de cazar en los bosques, saber de los trabajos de la hormiga minera, de los peligros de la serpiente de cascabel, del agutí y el ciervo. Cosas que el diario les acercaba por debajo de la puerta con olor a misterio selvático. Cosas que leían los padres, al igual que los «*Cuentos de Amor de locura y de muerte*» o «*Anaconda*» mientras los hijos lo leían en el *Billiken* o en los «*Cuentos de la Selva para niños*», construyendo en conjunto un imaginario colectivo de cosas alejadísimas de su realidad, pero que acabarían formando lectores devotos de situaciones ocurridas en un ámbito que no conocían, algo lejano y peligroso, inaccesible pero atractivo, y que sus mentes quedaban registradas como *cosas de Misiones*. Ese lugar misterioso allá, en alguna parte.

Pero dejemos un momento a Quiroga a fin de referirnos a otros dos personajes vinculados a las letras que visitan Misiones cuando Quiroga ya está instalado en su casa de San Ignacio y que habrán de contribuir también al conocimiento de estas tierras a través de sus publicaciones.

Estos dos personajes son, el periodista francés Jules Huret, en 1909, y en 1912 Paul Groussac, quien era por entonces Director de la Biblioteca Nacional.

Jules Huret llega en calidad de periodista. Es el hombre de prensa más conocido de Europa en ese momento (llegó a ser director de *Le Figaro*) y como resultado del viaje que hace al Río de la Plata publicará en Europa su relato «*De Buenos Aires al Gran Chaco*» que incluye un viaje en barco por el Paraná hasta más arriba del Iguazú y en el cual consigna hasta los más mínimos detalles de lo que ve: paisaje, gentes, costumbres, formas del habla. Todo lo que entiende habrá de interesarles a sus remotos lectores de Europa.

El otro personaje, Paul Groussac, es un francés que será director de la Biblioteca Nacional por más de 40 años y que emprende un viaje a Misiones en una de las empresas navieras de la época por el Uruguay hasta Concordia, embarcándose desde allí en tren hasta Posadas. Este viaje lo consignará luego entre otros trabajos de tipo crítico, sobre filología, historia y costumbres, en un volumen titulado «*El Viaje Intelectual*» que se edita en Buenos Aires y es del mayor interés por la penetración que posee quien lo escribiera, uno de los mayores intelectuales de la época.

Y aquí volvemos a buscar a Horacio Quiroga al que dejamos hace un rato esperando en San Ignacio, pero, ¡Oh sorpresa! El hombre no está. Quiroga se ha ido a Bs As, y esta vez para no volver jamás, porque ha partido enfermo, en 1936, y habrá de morir al año siguiente.

No es una época fácil en el mundo. El poder del nazismo aumenta en Alemania y al mismo tiempo el del comunismo en la Unión Soviética. Se está preparando nada menos que la segunda Guerra Mundial y las cuestiones sociales están a flor de piel. Desde el lejano monte misionero han llegado hasta Buenos Aires noticias de las horripilantes condiciones en las que trabajan los peones en la selva cosechando la yerba. Acerca de estas condiciones de esclavitud se había referido años antes otro «reciénvenido», un español que recorre el Paraguay, Rafael Barret, que en 1909 publica «*Lo que son los yerbales*», de modo que el tema no es nuevo. Pero el clima social de la pre guerra predispone a que un periodista argentino llamado Alfredo Varela, militante del Partido Comunista, se arrime a estos lugares e investigue sobre la cuestión. Como resultado de sus indagaciones, Varela producirá dos publicaciones emblemáticas de denuncia: «*La masacre de Oberá*», sobre un episodio violento ocurrido en esa ciudad en 1936 y, en 1943, «*El río oscuro*», libro que tendrá gran repercusión en Argentina y en el mundo, ya que fue traducido a 14 idiomas y tal vez sea la novela que instala el paisaje y la cuestión social de Misiones en la narrativa. La obra no deja aspecto de la Misiones profunda sin tratar y en 1952, dirigida por Hugo del Carril, se llevará al cine bajo el título de «*Las aguas bajan turbias*».

Y por aquí concluimos, porque ya estamos a mitad del siglo XX. Poco falta para que Misiones deje de ser Territorio Nacional para convertirse en provincia y, como es natural, ya han germinado en ella sus propios narradores para contar las cosas propias.

Seguirá habiendo *reciénvenidos*, pero ya ha madurado una generación de escritores nativos que habrá de indagar en la realidad de la región y, por sobre todo, han aparecido también los lectores locales de esa literatura. -

Rodolfo Nicolás Capaccio

Ponencia presentada en el marco del Ciclo de Conferencias de escritores de Misiones. Organizado por el Profesorado de Educación Secundaria en Lengua y Literatura. Sede Posadas. 2018

Índice

	Pág.
La Selección Edición 2019. Poesía	7
■ ELLA...	8
■ Tiempo primigenio	9
■ Transformación	10
■ Te Digo	12
■ «Que si hay lumbre en el vientre...»	13
■ Llueve	14
■ Será otra vez la aurora...	15
■ Dulce ausencia	16
■ Sabes...	17
Narrativa	19
■ La que nunca más vi...	20
■ Los ojos que miran al monte	21
■ Tejer	23
Ensayo	27
■ Andresito, el hijo más sentido del solar guaraní en nuestra lírica	28
■ La construcción de Misiones en el imaginario del lector	33